

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL OBISPADO DE OSMA.

Se publica el 1.º, 10 y 20 de cada mes. Se suscribe en la Secretaría de Cámara y Gobierno á 6 rs. trimestre. Se vende á real el número suelto. No serán atendidas las reclamaciones de números, pasados 15 dias desde la publicacion del respectivo. Toda comunicacion se dirigirá Al Director del BOLETIN ECLESIASTICO del Obispado de Osma.

SECRETARÍA DE CÁMARA Y GOBIERNO.

Habiendo determinado S. S. I. el Obispo mi Señor celebrar órdenes en las *Témporas* de la primera semana de la próxima Cuaresma, se advierte á los interesados, de orden de S. S. I., que presenten en esta Secretaría, antes del 24 del mes actual, sus solicitudes acompañadas de los documentos correspondientes. Los exámenes para los ordenandos tendrán lugar en la Sala de Sinodo el dia 15 del inmediato mes de Febrero. Burgo de Osma 3 de Enero de 1866.—Amalio Palacio, secretario.

S. M. la Reina (q. D. g.) participa á S. S. I. el Obispo mi Señor en su Real carta de 29 de Diciembre último que ha entrado en el noveno mes de su preñez. En su virtud, deseando el Illmo. Prelado llenar los piadosos deseos de S. M., ha dispuesto que en todas las iglesias de su Diócesis se cante un solemne *Te Deum* en accion de gracias por tan fausto suceso, y que en el mismo dia ú otro que juzguen mas conveniente los párrocos, ó quienes sus veces hicieren, se haga una rogativa pública y solemne, pidiendo á Dios continúe dispensando sus favores á nuestra augusta Reina para que tenga un feliz alumbramiento. Los párrocos invitarán con la

debida anticipación á las autoridades de sus respectivas feligresías, á fin de que concurren á ambas funciones religiosas.
 Burgo de Osma 3 de Enero de 1866.—*Amalio Palacio, secretario.*

En las últimas *Témporas* de Santo Tomás confirió S. S. I. órdenes á los sugetos que á continuación se expresan:

PRESBITERADO.

D. Manuel Vicario.

D. Mariano del Amo.

D. Saturio Sanchez.

DIACONADO.

D. Andrés Rincon.

D. Juan Martinez.

D. Pedro Tejedor.

D. Hilario Ciriano.

D. Angel Arranz.

D. Lino Urquiaga.

SUBDIACONADO Y MENORES.

D. Pedro Rubio.

MENORES Y PRIMA TONSURA.

D. Félix Lázaro.

La creacion animada por Mons. de la Bouilière, Obispo de Carcasona.

LA ABEJA.

Gobierno de las abejas.—La colmena.—El trabajo.—Santa Cecilia.—La cera.—El Cirio.—María.—JESUCRISTO.—El panal.—El Antiguo y el Nuevo Testamento.—El espíritu y la letra de las Sagradas Escrituras.—El panal de miel que dieron los Apóstoles á JESUCRISTO despues de su resurrección.—La miel.—JESUCRISTO.—La sadiduria de Dios y su palabra.—San Ambrosio.—La miel comida con exceso.—La ciencia humana debe ser sóbria respecto de las verdades de la fe.—La miel engañosa de la voluptuosidad y del mundo.—Eva.—Jonatás.—El aguijon de la abeja.—La Iglesia.—La suavidad de sus doctrinas y el rigor de sus juicios.—La Eucaristía.—El libro de Ezequiel.

I.

La Providencia es maravillosa en cada uno de los seres creados. Cuán fácilmente descubre en ellos la mirada del naturalista las muestras de la bondad y el poder de Dios! Pero ¿cuántos misterios de este poder y de esta bondad pasan desapercibidos al lente del sábio?

Unicamente el pensamiento cristiano va mas lejos y se eleva á mayor altura, pues se instruye y edifica contemplando las obras del Criador; y cuanto mas atestiguan estas obras con la belleza y perfeccion de sus detalles el mérito infinito del artífice, el cristiano bendice mas al Señor que ha puesto ante sus ojos tantas sublimes lecciones como insectos hay en el aire.

II.

«La abeja, dicen nuestros Libros sagrados, es un pequeño volátil, (1) y sin embargo, exclama S. Ambrosio, no temas, hombre, consultar á la abeja: *Vade ad apem*»

Tratarémos, pues, de aprovechar las lecciones que nos da. Pero lo que parece desde luego admirable en las abejas es que no saben vivir aisladas; el ermitaño que se oculta en el fondo de la soledad tiene por modelo el pelicano del desierto, y el hombre que vive en sociedad tiene ante sus ojos el modelo de las abejas.

Cada colmena es como el tipo de una pequeña sociedad que tiene su régimen, sus leyes, su disciplina y sus costumbres, y que mas venturosa que muchos Estados, sabe conservar en su seno la union, la armonía y la paz. Es verdad que la colmena es mas una familia que un Estado; porque las abejas solo tienen una madre y una misma morada; la colmena es á la vez su techo y su patria, y viven, trabajan y se alimentan juntas, y todas las mañanas salen juntas para sus tareas cotidianas. ¿A donde van? A los olorosos prados, á los floridos jardines, á los céspedes que tapizan las orillas de los arroyos; y allí recogen en el cáliz de las flores y en las yerbas perfumadas los primeros materiales de su sábio edificio. ¿Qué arquitecto les ha enseñado á medir con tanto arte los seis lados iguales de sus alvéolos, á unirlos unos con otros con graciosa simetría, y á construir con la cera las paredes sólidas que protegerán el depósito de su dulce miel?

San Ambrosio, de quien tomo esta graciosa descripcion, no se olvidó de llamar nuestra atencion sobre el gobierno de las abejas; «gobierno, dice, que es á la vez monárquico y libre, pues las abejas obedecen á una reina, pero se reservan una parte en la administracion, y su obediencia tiene por bases la adhesion y la confianza. En el reino de las abejas, añade el santo Doctor, no crean los principes la suerte ciega, el sufragio incierto, ni el clamor popular; la misma Providencia ha tenido cuidado de formarles una reina de incontestable primacia, mayor y mas hermosa que las abejas comunes, pero especialmente (lo cual es de desear en los principes) mas inclinada á la dulzura, porque raras veces se vale de su aguijon, y nunca para vengarse...» Así, pues, las abejas aman á su reina y mueren gustosas por ella.

(1) Eccli. XI, 3.

¿No se diría que su instinto les ha enseñado estas palabras de S. Pablo: «Las potestades han sido ordenadas por Dios, y el que resiste al poder, resiste a Dios?» (1) Y nos hace recordar la reina de las abejas en esta máxima del libro de la Sabiduría: «Un rey sabio será el apoyo de su pueblo.» (2)

III.

La abeja, como la hormiga, nos invita principalmente al trabajo. Cada abeja de la colmena tiene su cargo que le es propio: esta, va a buscar a lo lejos el alimento necesario a la comunidad; aquella, vuela cerca de la casa; una, fabrica la cera; otra, la miel; pero ninguna pierde el tiempo; y todas tienen arreglada su ocupación.

La Providencia ha querido igualmente que cada hombre tenga su tarea en la vasta colmena humana. A nadie es permitida la ociosidad. Desgraciado del hombre que es inútil a la obra común impuesta a todos! Es verdad que el trabajo es para nosotros mas pesado y doloroso que para la abeja, porque debemos sentir en él la pena del pecado. No vivimos como ella entre las flores; ella vuela y nosotros nos arrastramos, y en vez de libar, a ejemplo suyo, las plantas primaverales para sacar un dulce jugo, tenemos que abrir una tierra ingrata y regarla con nuestros sudores. No importa, si con nuestros incesantes trabajos hemos asegurado el pan de cada día para nosotros y para aquellos cuya existencia nos está confiada, ó si las tareas de nuestra alma han proporcionado un nuevo alimento a la inteligencia del hombre, que no vive tan solo del pan material, bendigamos a Dios, pues no hemos estado ociosos y hemos imitado a la abeja y labrado nuestra miel.

Pero si nuestra obra ha sido especialmente servir a Dios y a nuestros hermanos, si nuestros esfuerzos nos han hecho mejores, y si nuestra caridad ha aliviado la miseria de los pobres, habremos hecho mas que la abeja. No compone ella una miel tan divina! A esta miel se referia el santo Pontífice Urbano, cuando al hablar a Dios de la bienaventurada Cecilia, decía: «Cecilia, tu humilde sierva, cumplió contigo como una industriosa abeja: *Cæcilia, famula tua, quasi apis tibi argumentosa deservit.*» (3)

IV.

El trabajo de las abejas principia con la fabricacion de la cera; recogen el polvo que se deposita en los estambres de las flores, lo elaboran con maravilloso instinto, y producen esa sustancia blanda y dúctil, pero consistente, que les sirve para construir los alvéolos de la colmena.

(1) Rom. XIII, 1, 2.

(2) Sap. VI, 26.

(3) In Off. S. Cæciliæ, 22 nov.

La cera se emplea para infinitos usos, siendo seguramente el mas noble el que le ha destinado la Iglesia; de ella se componen las velas que arden delante del altar, y cuando el ministro de la Iglesia bendice el cirio pas-cual, recuerda que esta nueva luz se alimenta con la cera que ha producido la abeja maestra. (1) El cirio es á un tiempo luz y cera, así como JESUCRISTO, que es la antorcha del mundo, es á un tiempo Dios y hombre. María es como la abeja maestra que produce la cera preciosa de que se alimenta la antorcha, esto es la carne del Salvador.

Pero el cirio es tambien el símbolo del alma fiel.

La cera alimenta la luz, y esta la hace derretir. Cuando nuestra alma, glorificando al Padre celestial con sus buenas obras, esparce á lo léjos la luz de JESUCRISTO, puede decirse muy bien que lleva y alimenta el fuego de esta luz; sin embargo, nuestra alma no puede acercarse á la luz y al calor divino sin consumirse de amor; y por esto exclama la esposa de los Cán-ticos dirigiéndose á su Esposo: «Se ha derretido mi alma cuando he oido tus palabras.» (2)

Sin embargo, si el ardor del amor consume el alma, el Rey Profeta nos dice tambien que los pecadores perecerán en presencia de la justicia divina, como la cera que derrite el calor. (3)

Fuego del amor y fuego de la cólera, uno y otro devorais nuestra alma; pero la cólera la hace morir, y el amor la hace vivir una vida eterna.

V.

Quando las abejas han construido con arte los alvéolos de cera, depositan en ellos su miel, componiendo de esta suerte el panal, que es la cera unida á la miel.

La Sagrada Escritura nos presenta varias veces el símbolo del panal; en primer lugar, el panal es la imagen de la misma Sagrada Escritura, donde las figuras del Antiguo testamento son como las células de cera compactas y unidas, que encierran y protegen la divina miel del Evangelio.

O mas bien, la cera del panal es la letra insipida y dura, que oculta en su cubierta la sabrosa miel del espíritu.

Quando leemos nuestros santos Libros, no imitamos á esos hombres frívolos y toscos que, fijándose en la letra muerta y no penetrando ningun misterio, ni interpretando parábola alguna, olvidan la miel para no estudiar mas que la cera, sino que aprendemos de la Esposa á saborear la miel al mismo tiempo que el panal. «Si hemos sabido saborear la miel, añade el autor de los *Proverbios*, el mismo panal parecerá dulcísimo á nues-

(1) Sabbato sancto. Bened. cer. pas.

(2) Cant. v, 6.

(3) Psalm. LXVII. 3.

«tra garganta: *Comede mel, fili mi, et favum dulcissimum gutturi tuo.*»

Ocho ó diez días despues de la resurreccion del Salvador, cuando los discípulos vacilaban en creer, Jesús se apareció en medio de ellos y les dijo: «¿Teneis algo que comer?» Y le dieron parte de un pez asado y un panal de miel. (1) Los comentadores ven en estos dos objetos una doble imagen de JESUCRISTO.

Ocupémonos tan solo del panal.

Hemos dicho que se compone de cera y miel. Así como en el cirio la cera y la luz nos han recordado la humanidad y la divinidad del Salvador, del mismo modo en el panal nos recuerda la cera unida á la miel. La cera y la miel son distintas é igualmente la naturaleza divina. Pero la cera y la miel no forman mas que un solo panal, y del mismo modo, cuando el Verbo se encarnó y vino á vivir entre nosotros, se depositó en el mundo un divino panal de miel. ¡Delicioso panal del que poseo á la vez la cera y la miel, cuya cera tocan mis manos... cuya miel saborea mi corazón! Si aplico los labios á los bordes del panal, la miel se vierte y me alimenta; si me acerco á la carne del Salvador, la divinidad viene á mi y llena todo mi ser.

VI.

Aunque la miel del panal designa mas especialmente la divinidad del Salvador, nos representa sin embargo tambien á JESUCRISTO Dios y hombre, tal como se ha dignado vivir entre nosotros. «Su nombre, dice S. Bernardo, es para nosotros una miel suave; su espíritu es mas dulce que la miel, y ¿no se ha escrito del Salvador que su conversacion no tiene nunca amargura? *Non habet amaritulinem conversatio illius*» (2)

Hemos visto ya que la miel del panal representa la Sabiduria divina oculta en la letra de las Santas Escrituras, y por lo tanto nos complacemos en exclamar con el Rey Profeta: «¡Qué dulces son vuestras palabras, Dios mio! Valen mas que la miel para nuestros labios.» (3) Pero la miel, esparcida en todas partes en nuestros Libros santos, es recogida por los doctores que, á ejemplo de la abeja, la elaboran con esmero antes de presentarla á la avidez de los fieles. Nos complacemos en ver un enjambre de abejas posándose sobre la cuna de S. Ambrosio, (4) presagiando que este sublime génio iria un día á libar en todas las flores de la divina palabra la miel que saboreamos en sus obras.

(1) Luc. XXIV. 42.

(2) Sap. VIII. 16.

(3) Psalm. CXVIII, 103.

(4) In festo S. Ambr. 7 dec, Lect. circa initium.

VII.

¿Cómo es, sin embargo, que el autor de los *Proverbios* no vacila en darnos este consejo: «Habeis encontrado miel, y comed lo que os baste, no sea que el exceso provoque vómito?»

Mas adelante, sirviéndose de la misma imágen, el Autor sagrado explica su sentido: «Así como la miel no es buena para el que comía mucha, del mismo modo el que escudriña la Majestad será oprimido por la gloria.» ¿No era esta la idea del Apóstol cuando exhortaba á los fieles á no hacerse mas sábios de lo que conviene ser, y á nivelar la ciencia con la fe? Si el estudio de la Sagrada Escritura se hace con un espíritu de fe, de humildad y de devoción ¡ah! cuántas y qué inefables delicias ofrece á las almas cristianas! Pero si exploran nuestros Libros santos tan solo con vana curiosidad y con un sistema de atrevida crítica, su miel se convierte en veneno, y Dios, celoso de los misterios de su gloria, oprime el orgullo que quiere escudriñarlos.

VIII.

Pero si la divina Escritura nos invita á no abusar de la miel mas pura y mas sana, quiere precavernos especialmente contra la falaz dulzura de la miel, de que ha dicho el autor de los *Proverbios*: «Los labios impuros destilan dulce miel, pero su fin es el ajeno y la cuchilla de dos filos.» (1)

Placeres culpables, criminales encantos, falsas ilusiones de una imaginacion extraviada, todos los atractivos del vicio, todos los halagos del error y todas las seducciones del mal, hé aquí la miel que nos presenta el mundo y que da muerte á nuestras almas.

Es la miel del fruto vedado que Eva probó en el paraiso terrenal.

Es la miel que Jonatás cogió corriendo y de la cual comió á pesar de la prohibicion de su padre. Condenado á morir, exclama: «He cogido un poco de miel con la punta de la vara que llevaba en las manos, la he comido y muero.» (2)

¡Cuántas almas dirán como Jonatás el dia del juicio: Comi un poco de miel y muero?... No permitais, Dios mio, que me entregue á las seducciones terrenales, y no me dejéis sucumbir á las tentaciones que me rodean. Elijo en este mundo la amargura de la penitencia para saborear en el cielo la divina miel de vuestra herencia.

IX.

La abeja saca con su boca la miel oculta en el cáliz de las flores, y su cuerpo termina en un aguijon que desgarrá. ¿No es el emblema de las locas alegrías del mundo, que principian con la miel y acaban con el filo de la cuchilla? ¿No es igualmente la imágen de los hombres, cuyas palabras pérfidas destilan en nuestra presencia la miel de la adulacion, en tanto que á nuestras espaldas solo piensan en armarnos las mas crueles asechanzas?

(1) Prov. V. 4.

(2) I Reg. XIV, 43.

¡Oh! ¡cuántas de estas abejas zumbaron en torno del Salvador durante los días de su vida mortal! Cuando los fariseos querían sorprenderle en sus palabras, le decían:

«Maestro, sabemos que eres la misma verdad y que no te cuidas de cosa alguna.» (1) Era la gota de miel; pero al mismo tiempo lanzaban contra él el aguijón de su odio y juraban hacerle morir. Hablando por boca de su Profeta, el Salvador les había designado ya en estos términos: «Me han rodeado como abejas. *Circumdederunt me sicut apes.*» (2)

Sin embargo, la abeja pierde el aguijón al picar. La iniquidad de los hombres condenó á JESUCRISTO á muerte; pero esta muerte; al cebarse en el Autor de la vida, perdió el poder que había adquirido en Adán, y al salir del sepulcro, el Señor pudo entonar este cántico de triunfo: «Muerte; ¿en dónde está tu aguijón? *Ubi est mors stimulus tuus?*» (3)

X.

Bendigamos, no obstante, á Dios por haber dado el aguijón á la abeja. Pequeña, humilde, débil, enteramente dedicada á su obra, y sin pensar mas que en la suave tarea que hace mucho mas por nosotros que por ella, ¿cómo podría defenderse de los enemigos que la atacan? Dios ha hecho bien todas las cosas: oculta el lirio entre las espinas y da el aguijón á la abeja...

Iglesia de JESUCRISTO, tú nos das toda la miel del amor del Salvador, pero Dios te ha armado del aguijón de la justicia. No ataquemos á esta divina abeja, porque las heridas de su aguijón causan la muerte.

XI.

La Iglesia, decia, es por excelencia la abeja activa y laboriosa. Ved especialmente como labra sin cesar en el altar por el ministerio de sus sacerdotes su miel mas deliciosa: «Este es mi cuerpo, esta es mi sangre... mi cuerpo que ha sido entregado, mi sangre que ha sido derramada.» JESUCRISTO es la flor y la miel. ¡Ah! esta flor celestial solo ha podido brotar al través del árido peñasco; ha sido la rosa sangrienta del Calvario: y en el altar la Iglesia coge igualmente su miel de la flor del peñasco, *mel de petra.*

Alimentémosnos de la miel de la Eucaristía, y nos consolará fácilmente de todas las amarguras de la vida y nos enseñará muchas cosas.

Cuando el Hijo del Hombre mandó al Profeta que se alimentase con el libro misterioso, el Profeta obedeció, y habiendo tocado el libro con la boca, le pareció igual á miel. La miel de la Eucaristía es un libro; es preciso que el alma lo devore para adquirir la ciencia divina, y á medida que lo saborea, ve y comprende mejor cuán dulce es el Señor.

(1) Matth. XXII, 16.

(2) Psalm. CXVII, 12.

(3) Osee. XIII, 14.